

Apertura – Capítulo General

Hermano Mark Hilton SC
Superior General

Lunes, 6 de mayo de 2024

Bienvenidos al 37º Capítulo General de los Hermanos del Sagrado Corazón.

Hace casi 200 años, el 14 de octubre de 1824, poco después de su primera profesión pública de votos en Monistrol, nueve hermanos se reunieron por primera vez como capítulo general del Instituto. Eligieron a sus líderes. Definieron roles. Dividieron responsabilidades. Miraron hacia el futuro, los siguientes pasos en el desarrollo del Instituto.

Nos enfrentamos al mismo desafío. De la misma manera que aquel pequeño grupo de hermanos que hace 200 años, al emprender el camino, se reunieron, discutieron, discernieron y actuaron, así tenemos que actuar ahora nosotros.

Las lecturas del tiempo pascual nos ofrecen un contexto perfecto. La pequeña pero creciente comunidad cristiana se reunió, oró, reflexionó, compartieron su experiencia viva del Señor resucitado. Se escucharon, hablaron de sus preocupaciones comunes e individuales, y encontraron una respuesta común. Oraron, compartieron, discernieron y actuaron. Es la misma dinámica que se nos va a pedir todos los días en este capítulo.

Durante el último capítulo, un aspecto clave de nuestra tarea fue la experiencia de escuchar o, al menos, la necesidad de escuchar a los jóvenes, a aquellos a quienes servimos, a nuestros colaboradores y hermanos... para encontrar los caminos más eficaces para seguir adelante. El símbolo que usamos entonces fue un *palo de lluvia**, y la experiencia de detenernos a escucharlo se utilizó para recordarnos que debíamos detenernos, escuchar, estar atentos, darle sentido a nuestra experiencia y permitir que nos iluminara, a nosotros mismos y a nuestras acciones. Esperamos que cada uno de nosotros pueda reflexionar sobre si este sentido de escucha atenta se ha afianzado realmente en nuestras comunidades, apostolados, en nuestra vida de fe y en nosotros mismos.

He guardado el palo de lluvia en mi despacho durante todo este mandato para recordar que debo detenerme, escuchar, prestar atención y no intentar llenar todos los espacios... dejando sitio disponible para aquellos que necesiten compartir. Y creo que lo mismo ha ocurrido en nuestras visitas, en nuestra presencia en las provincias y delegaciones, en nuestras reuniones y en nuestro apoyo individual y colectivo... así como también estoy permanentemente agradecido a quienes se han tomado el tiempo de escucharme a mí.

El año pasado recibí el regalo inesperado de participar en el Sínodo de los Obispos. Honestamente, no tenía idea de qué debía esperar del sínodo, pero cuando nos detuvimos, oramos, reflexionamos, compartimos, escuchamos, hablamos, y compartimos nuevamente... llegamos a comprender que no estábamos tan alejados. Teníamos diferentes orígenes, culturas, idiomas y experiencias, pero logramos expresar nuestros pensamientos, escuchar al otro, encontrar puntos en común e idear formas efectivas de avanzar. El enigma era que éramos una parte tan pequeña

del todo, y el todo no necesariamente tenía la misma experiencia que nosotros... incluso lo que se decía en los periódicos, tenía poco que ver con lo que estaba pasando realmente en el sínodo. Entonces, ¿cómo podíamos hacer llegar el mensaje, cómo compartir esta experiencia? Nuestra tarea era encontrar mejores caminos, que pudieran servir para cada uno y para todos nosotros.

Intentamos ofrecer una experiencia de escucha similar durante la preparación de este capítulo. Pedimos a cada comunidad local y a cada obra apostólica que se tomaran un tiempo para prestar atención unos a otros, para aprovechar su experiencia común, para orar y discernir la mejor expresión del amor de Dios entre nosotros.

A medida que se avance el capítulo, trataremos de utilizar ese proceso nuevamente, orar y prepararse, escuchar, reflexionar, compartir, encontrar puntos en común e idear, con creatividad, acciones nuevas.

Las narraciones de Pascua en los Hechos de los Apóstoles cuentan la misma historia. El discernimiento comunitario genuino consistía en orar, prestar atención, sentir el Espíritu entre nosotros y llevar esa experiencia a la acción, con Jesús y el Espíritu como nuestros compañeros.

Posiblemente, esta vez tengamos más temas que los capítulos anteriores. Algunos asuntos fueron planteados por los hermanos y otros a través de la vida más amplia de la Iglesia, de la que somos parte integral. Pero creo que todos están vinculados y entrelazados en esta hermandad más amplia, más profunda, más clara y más orientada a la acción, esta fraternidad a la que el Papa Francisco llama a la Iglesia. Estamos llamados a estar en la vanguardia de la fraternidad... nosotros, que nuestras vidas están destinadas a ser ejemplos vivos de la fraternidad como las de las primeras comunidades cristianas, en un mundo cada vez más dividido.

Pero más que en otras ocasiones, no se nos pide simplemente reflexionar y compartir, sino que la mayoría de las experiencias de trabajo en grupo terminarán con preguntas sobre cómo, cuándo, dónde... de la misma manera que los discípulos de Emaús: encontraron a Jesús, lo hallaron en la fracción del pan, y eso los llevó a dejar su noche de descanso confortable y emprender el camino de regreso a Jerusalén, de noche... para ponerse a trabajar, contar la historia de su encuentro con el Señor, compartir y vivir la nueva vida de la Pascua.

E hicieron una declaración clara... ¿no ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino? Ese es el otro desafío. Los capítulos generales pueden perderse en declaraciones demasiado generales. Pero, en realidad, el fin de la historia de Emaús habla de una pasión. Nuestra Regla, citando los Evangelios, dice que Jesús vino a traer fuego a la tierra y que desearía que ya estuviera ardiendo. Se trata de ser apasionado, activo, vivo, encendido con la llama del amor (*Caryl Houselander, The Reed of God*). No se trata simplemente de realizar una rutina más, sino de encender el fuego en nosotros y a través de nosotros. Y estamos hablando tanto del viaje como del destino.

Entonces, al comenzar el viaje de este capítulo, cuando empezamos a escuchar, oír, compartir... la base real de nuestra esperanza es que el amor de Dios es inagotable (*Rolheiser, La inagotabilidad de Dios*). Hay momentos en los que podemos pensar: "es demasiado tarde, no hay esperanza". La esperanza no son ilusiones ni siquiera cuando el horizonte es claro y positivo, sino que es la certeza de que Dios es el pozo que nada puede agotar. Que nuestro Dios es un Dios pródigo más allá de

nuestra creatividad, más allá de todos los límites, y que siempre está ahí, siempre escuchando, siempre atento, siempre fiel.

Que en el transcurso de estos días podamos encontrar a Dios una y otra vez, en la oración, en nuestros hermanos, en la reflexión y el discernimiento, en nuevas opciones y rumbos... en la posibilidad de lo que nos depara el futuro, un futuro donde nunca estaremos solos. .

Ametur Cor Jesu!

* Nota del traductor:

Rain stick: Palo de lluvia. Tubo circular que en su interior tiene granos, piedras, arroz, etc., típico de culturas antiguas de Chile, Asia, África y Australia, que sirve para llamar a la lluvia.